

## Ciencia, paciencia y conciencia

### Recuerdos dispersos (confidencias de un médico)

Fernando Sánchez Torres

Giro Editores Limitada, Bogotá, 2004,  
299 págs.

El lema que aplica Fernando Sánchez Torres a la profesión médica —propuesto en el título de esta reseña— puede resumir, también, su autobiografía. Leyendo los episodios más significativos de su vida, se convence uno de que el difícil ejercicio de autorretratarse, de exhibir, como Baudelaire, el propio corazón, no es tarea de jóvenes, a quienes el espejo engaña y las vicisitudes los envuelven, borrando, con su vertiginoso movimiento, los límites del yo. Por eso tal vez lo sensato sea asumir tal empresa en el retiro y la vejez: mirando en lontananza —con sabiduría, paciencia y conciencia— y cuando ya las arrugas han destruido el continente, haciendo imposible fascinar con el gesto o la apariencia.



Claro que no todas las autobiografías, y aún las biografías, cumplen con esta condición. Más de una vez he leído las lamentables mentiras de ancianos impúdicos, que en vez de autorretratarse presentan vanamente un maquillaje de su faz, llevado a cabo por sus propios medios o por el de supuestos concededores del arte, en un último intento de seducir, con dones perdidos o de los que siempre carecieron, a las nuevas genera-

ciones. Tales, de seguro, son las fuentes de esos manuales escolares de historia que nos presentan supuestas gracias de los políticos que nunca percibimos cuando el país se hallaba al mando de éstos.

Sánchez Torres, en cambio, presenta prácticamente al natural su corazón, consecuente con su personalidad humanista, que en un momento de su vida lo enfrentó al dilema de escoger entre el ejercicio de dos profesiones igualmente filantrópicas: la medicina y la pintura. Virtud atemperada por un carácter fuerte y decidido que explica las otras dos labores que ha desempeñado durante su vida: la educación y la administración pública, esta última ligada a la academia y a la política.

Los veinticinco capítulos que integran el ameno volumen en referencia reflejan, en efecto, a un actor y testigo decisivo de la historia intelectual, política, social y educativa del país. Todo lo cual, a mi entender, puede servir a un investigador de cualquiera de estos asuntos que pretenda contribuir al conocimiento de lo que hemos sido y somos para visualizar, acaso, un mejor futuro. Ciertamente, tal vez la manía empírica prive a los investigadores de las ciencias sociales y humanas de indagar en documentos como éstos, que registran de un modo más preciso, y muchas veces sin proponérselo, nuestra realidad, convirtiendo óbice las inocuas encuestas y estadísticas a las que se halla sometida la investigación actualmente en nuestros centros académicos superiores. Reseño, pues, las confidencias de Sánchez Torres en cada uno de estos campos:

Intelectualmente, se acude mediante ellas a la transformación de la medicina en nuestro país desde la década de 1930 hasta los albores, que vivimos, del nuevo milenio. Son más de setenta años, en el primero de los cuales vemos cómo un médico lucha contra la muerte con las simples armas del estetoscopio, los fármacos y los sueros sin lograr vencerla y, ya cerca del último, cómo, valiéndose de toda la parafernalia de la tecnología moderna, otro médico la en-

frenta con resultados igualmente negativos: desde la muerte, en su propia casa, de la madre de Sánchez Torres hasta la muerte de una de sus más próximas pacientes a expensas de una bacteria elusiva, que burla las extremas previsiones de una sofisticada y escrupulosamente desinfectada sala de cuidados intensivos.

La anterior pseudoparadoja no pretende cuestionar ni mucho menos los innegables avances de la ciencia médica ni en nuestro país ni en el mundo. Todo lo contrario. El ejemplo ilustra la particularidad de Sánchez Torres, su testimonio, que, primero como simple observador a hurtadillas de los esfuerzos del médico que atendió los últimos momentos de su madre y, después, como médico activo en el caso de la muerte, por una inusitada infección de su paciente, nos muestra también el tránsito del escenario de la muerte: de la casa a la clínica.

Es inevitable acudir aquí a la alienación, precio cobrado por la tecnología a sus directos beneficiarios. Es decir, el paso de un ámbito propio para el paciente e inadecuado para el servicio a otro adecuado para el servicio, pero ajeno al paciente. Hay, sin embargo, un ámbito intermedio en este particular desarrollo: el del consultorio. Espacio éste del médico al que también tuvo el privilegio de acceder el “confidente” de estas experiencias, tanto en el campo colombiano, donde aprendió en verdad la medicina inmediatamente después de titularse en 1954, como en el espacio urbano. En el último capítulo de sus memorias, como en una especie de epílogo trágico, Sánchez Torres acude impotente al cierre de dicho consultorio, ante el incontrovertible hecho de no poder legarlo a su hija y a su yerno. Y es que éstos últimos también son médicos, pero prefieren declinar la dádiva paterna a hacerse cargo de su mantenimiento, debido a la proliferación de las empresas promotoras de salud que han degradado al antes liberal oficio del médico al rango del asalariado, como lo anunciara K. Marx en su famoso y lúcido Manifiesto.



Pero lo anterior no es lo único que intelectualmente evidencia el libro de Sánchez Torres. Creo, por un lado, que sus inquietudes investigativas, manifiestas en los capítulos 13-16, 19 y 23, relativos a aspectos específicos de su profesión de médico obstetra, como son el uso del fórceps, la preeclampsia, la cesárea y la adaptación de un aparato para drenar el exceso de líquido amniótico en un embarazo gemelar, son ejemplos de un compromiso total con la profesión médica, difícil de encontrar, por lo demás, en nuestro medio y la demostración de que en Colombia bien puede desarrollarse la investigación científica, aun a costa de las precarias políticas estatales en esta materia. Además, la lúcida autobiografía de Sánchez Torres es una muestra de la necesidad de conciliar la ciencia médica con las humanidades, ingrediente sin el cual hubiera sido imposible tan bien estructurado libro. Contar relatos como lo hace este autor, saber dosificar la información para mantener la atención del lector, proponerla estratégicamente con palabras precisas y sumar a esto la reflexión ponderada sobre los sucesos que narra, requiere una sólida formación filosófica y artística de la que carecen hoy día en general no sólo nuestros médicos sino nuestros ingenieros y aun quienes siguen carreras humanísticas.



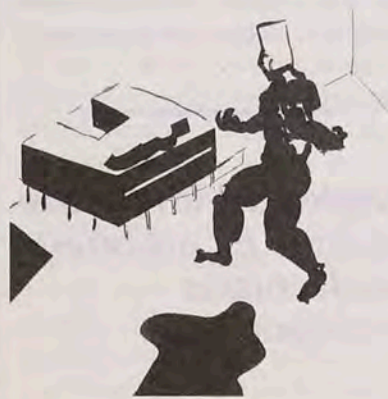
En lo social, que involucra también la política, *Recuerdos dispersos* se suma a la innumerable cantidad de obras que registran la violenta y estulta historia de nuestro país. La

versión del autor sobre los sucesos del 9 de abril de 1948 coincide con la de tantos otros relatos históricos y literarios que han asumido el asunto. Al día siguiente, mientras recorre con su padre las calles de la ciudad en un vehículo de la prensa, el adolescente que era entonces Sánchez Torres, ante la magnitud de la destrucción, experimenta tal desolación que, a una distancia de más de cincuenta años, le hace afirmar: “Era fácil deducir que de ahí en adelante Bogotá no iría a ser la misma” (pág. 34).

Pero esta inferencia bien puede extenderse más allá de Bogotá, pues, a juzgar por el registro tenebroso que hace de la situación en Pandi (Cundinamarca), localidad en la que realizó el obligatorio año rural hacia 1955, ya bajo la dictadura de Rojas Pinilla, la situación a pocos kilómetros de la capital tampoco era halagüeña: guerrilleros enfermos camuflados entre paisanos desprevenidos y militares involucrados en matanzas de ciudadanos que le exigían complicidad al médico conforman un cuadro, en cuyo centro aparecía la ignara, miserable e inerme población campesina. Es el mismo cuadro que hoy vivimos, aunque con menores posibilidades de escape, porque en los otros dos lados de ese cuadro que cerca la miseria, ahora aún más cebada, se han apostado las fuerzas irracionales del narcotráfico y el paramilitarismo.

Por lo demás, en cuanto a la ignorancia dominante en esa población sitiada por la guerra, el cuadro no ha variado mucho: de aquella gente apostada en el consultorio rural que se deslumbró ante la curación prácticamente instantánea de una muchacha que parecía embarazada y del asombro similar de la partera que vio resolver sin mayores problemas a un joven médico un parto complicado por la retención de la placenta, a la muerte, muchos años después, de una joven madre por la negligencia de un médico atolondrado ante un partido de la Selección Colombia de Fútbol o la de los hombres que subyugan a sus esposas mediante el aborto y la infertilidad, los cambios tampoco son favorables.

Y ni qué decir de la educación. Las mismas discusiones baladíes, la misma furia sorda que marcó y complicó su paso por la *alma mater*, como estudiante, docente, directivo y rector de la Universidad Nacional, se mantienen en esencia, irradiando desde allí al resto del país.



Con todo, los recuerdos de Sánchez Torres tienen el sabor de la nostalgia, esa extraña sensación de la añoranza que, pasados los años, nos embarga y anonada aun cuando evocemos difíciles horas, merced a la magia de las palabras, de la poesía. Y es porque eso son: poesía, aunque no se trate de una obra literaria, o quizá por eso, en especial capítulos como el 14 y el 21, respectivamente intitulados “Palabras para un recién nacido” y “Regreso de la muerte”. Al final del primero de éstos encontramos una especie de poema en prosa, escrito poco después de haber asistido un parto difícil, uno de cuyos conmovedores apartados reza:

*Bien sé que, a pesar de la conmoción tan grande que experimentaste, no te diste exacta cuenta de lo azarosos que fueron para ti como para mí los momentos que duró el tránsito de tu nacimiento. Nunca, por más años que hayas de vivir, estarás tan expuesto a morir como en ese fugaz instante en que iba a comenzar tu vida terrenal. Paradójico, ¿verdad? Por eso, precisamente, se hizo de mi arte un oficio. Me llamo OBSTETRA —no lo olvides— porque estuve delante para proteger no sólo tu existencia en cierne,*



*sino también la del ser que te arrullará y te mimará a partir de este instante. [pág. 142]*

Mucho, en realidad, se aprende de la historia del país y de la vida misma con esta autobiografía escrita con ciencia, paciencia y mucha conciencia.

ANTONIO  
SILVERA ARENAS

## Acerca del inveterado racismo de próceres, intelectuales e historiadores

**Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano**

Alfonso Múnera

Editorial Planeta, Bogotá, 2005,  
225 págs.

Este libro está configurado por seis ensayos independientes, entre los cuales, salvo el último, existe una perfecta ilación, como lo destaca el autor en la larga introducción que precede a los capítulos y que, por su extensión, puede considerarse como otro capítulo.

Un conjunto de ideas centrales atraviesa el texto de principio a fin, profundizando algunas de las tesis ya expuestas en una obra anterior, *El fracaso de la nación*: la exclusión consciente y premeditada de las gentes del pueblo (negros e indios) del proceso de la independencia y de la fragmentada nación colombiana por parte de los criollos “blancos” y sus herederos que han dominado este país, para presentar un relato amañado en el que solamente ellos fueron los gestores de la independencia, sin que la gente humilde aparezca por ningún lado, como si nunca hubiera existido y combatido la dominación colonial; la exclusión discursiva de los negros e indios es la expresión ideológica de la *exclusión*

real que han soportado esos mismos sectores desde la Independencia en las diversas regiones del país; en la región andina las elites construyeron un ideal de nación en el cual negaron la existencia de las clases subalternas e inventaron unos estereotipos geográficos para justificar la supuesta superioridad física y climática del centro del país —por supuesto, junto con sus habitantes, los “blancos”—, mostrando al resto del territorio como inhóspito y habitado por seres inferiores; el eje central del discurso de nación de las elites se basa en la noción de raza, ya que desde Caldas hay un intento de configurar cada región en torno a unas condiciones climáticas y un tipo racial predominante; el etnocentrismo de las elites criollas se manifestaba en su recepción de la idea de civilización, de clara estirpe europea, considerando que a ella solamente podían acceder las “razas más avanzadas”, suposición que justificaba la desaparición (o el exterminio) de las “razas inferiores”, el principal obstáculo para la construcción de una “nación civilizada”; desde el siglo XIX se construyó el mito de la Colombia mestiza, una de las falacias más repetidas desde entonces, para justificar, por una parte, el ocultamiento de los negros y los indios y, por otra, para “salvar la conciencia” de aquellos que en la práctica los perseguían, explotaban y exterminaban pero necesitaban de un discurso que invocara una pacífica integración de todas las razas en una nueva: la mestiza.

Las tesis esbozadas permiten situar la perspectiva analítica del autor en un terreno diferente al de la mayor parte de la historiografía colombiana, la cual desconoce, ayer como hoy, el papel de las clases subalternas como sujetos activos de la vida nacional. Múnera plantea claramente que su obra no es objetiva (esto es, aburrida y tediosa), ya que está comprometida con la gente pobre, la misma que siempre ha estado excluida de la historia, “que ha sufrido por generaciones las peores consecuencias de un orden político y social construido sobre la negación de sus dere-

chos básicos y la exclusión de las llamadas razas inferiores” (pág. 44). Por eso reivindica con un tono apasionado y polémico, muy atractivo en estos tiempos de conformismo intelectual y académico, la necesidad de desentrañar las negaciones y exclusiones de las clases dominantes del país en el tortuoso proceso de construcción de la nación colombiana.



Esas ideas se constituyen en una notable democratización de la historia de Colombia, en la medida en que desafía las interpretaciones convencionales, construidas incluso desde antes de la Independencia por algunos de los más ilustres intelectuales de la élite criolla (como José Ignacio de Pombo y Francisco José de Caldas) y repetidas hasta el cansancio por escritores e historiadores durante el siglo XIX y el XX. Para llevar a cabo esta tarea, el autor hizo una lectura muy cuidadosa del discurso de los prohombres de la independencia y del siglo XIX, destacándose su análisis de la obra de Pombo, Caldas, José Manuel Restrepo, García del Río, los Samper y Camacho Roldán. Para llevar a cabo sus investigaciones, Múnera se apoya en la más reciente producción historiográfica de los Estados Unidos sobre América Latina, en la que se ha profundizado en el análisis de los contradictorios procesos de conformación de las naciones en América Latina y en el papel desempeñado por las clases subalternas, resaltándose la influencia de la obra del escritor inglés Benedict Anderson *Comunidades imaginadas*.